

MEDITACION POLITICO-MUNDIAL SOBRE EL HAMBRE

INTRODUCCIÓN

El Hambre humano y de pueblos es resultado de carencias Físicas-Ideológicas-Espirituales. Hemos de llenar estos vacíos

«La Gioconda está triste»...

Un día, en el Louvre, se percataron que la dama renacentista del famoso cuadro de Leonardo, no sonreía.

La pintura estaba intacta. Al parecer, no había malvado a quien acusar.

Estupefactos, en El Prado, la Gioconda de Madrid tampoco sonreía.

Alarma universal: todas las copias de los famosos ejemplares de París y Madrid tampoco sonreían.

¡Extraño suceder, en un mundo que, con más de doscientos años de Progreso, preanunciado por el Renacimiento, no ha logrado su felicidad!

O, ¿es que el maestro Leonardo hizo de tal sonrisa, lección de natural humano goce, contenido de prudencia?

La película de actualidad, «La Gioconda está triste», nos introduce al tema del Hambre. Nos dice que el mundo ya no es lo que era; que la gente, nadando aún en la abundancia, se ha vuelto hosca. Que el mundo no solamente ha perdido el puro sentido de la belleza, sino que ya no tiene verdades a qué asirse; ni goza de la bondad, sino que la rechaza por inútil para el progreso material sin límites.

El Mundo, hartado de Progreso, está vacío.

Unos, vacíos de pan.

Otros de cultura, perdida o no habida.

Los más, los más, digo, vacíos de Dios, de trascendencia de una supuesta y única felicidad material.

Estas tres especies de Hambre, estos tres vacíos, estas tres necesidades radicales del ser persona humana, que son las tres dianas de la Lucha Contra el Hambre de la Unión Mundial de Organizaciones Fe-

meninas Católicas (UMOFIC), desde ya en 1958 y de su organización española, nos dan la pauta para este ensayo.

Estas hambres son necesidades radicales humanas, en el profundo sentido de la palabra *necesidad*: «lo que tortura y mata si no se cumple» porque esta fuerza que oprime, que presiona, que agita vivamente, que no deja reposo hasta que llena su vacío, con su ansiado bien, ya sin sonrisa, en extrema tristeza, sucumbe a la persona y a los pueblos.

De ahí que las situaciones de gran necesidad, de carencias, inopias, escaseces, indigencias, miserias, sean el resultado de tres causas:

Física-Ideológica-Espiritual.

Siempre han existido y existirán estas hambres en los pueblos; pero ahora, al final de más de dos siglos de Progreso, paradójicamente se nos presentan con acuciante y creciente expansión y virulencia.

En los países ricos, que nada quieren saber de los pobres. En los pobres, que claman y no son oídos.

Al Mundo tenemos por tema. Escribe un economista-internacionalista; quien, sin dejar de serlo tratará de las tres Hambres, necesariamente, con su doble formación de humanista.

Forzosamente en apretada síntesis y ante tres fracasos de la civilización moderna:

- I. Económico-real, ante un Mundo limitado.
- II. De ideologías económico-políticas.
- III. Del vacío de Dios.

I. ANTE UN MUNDO LIMITADO, ÚNICO Y SOLIDARIO

Ritmos dispares y disparatados en países más y menos dotados. Fracaso económico. ¿Qué respuestas?

«Nada será ya como antes». Así termina el Informe del Ejecutivo del Club de Roma, sobre «El hombre y el crecimiento», reunido en Tokyo en octubre de 1973.

La energía ultrabarata, con la ciega dilapidación del petróleo, dio al mundo una veintena de años de la más extendida y la más rápida prosperidad a ritmos disparatados de consumo que, de proseguir, hubieran agotado el petróleo y gran parte de los minerales, ya antes de fin de siglo.

El Informe de Tokyo del Club de Roma redactado en diciembre de

1973—poco después de la necesaria y sabia subida del precio del petróleo—, concluye con estas admonitoras palabras:

«Ya nada será como antes».

Pero el fracaso de las economías del mundo ya existía. Nadie quería confesarlo para no frenar el loco progreso.

En 1962, el profesor King Hubber de la Universidad de Standford, al comprobar la real dilapidación del petróleo, ya anunció el necesario e inmediato agotamiento de las reservas mundiales, con este axioma: «en un espacio finito es imposible que un producto sea consumido indefinidamente a un ritmo exponencial superior a cero», porque, en un espacio terrestre nada hay infinito. Ya entonces, al ritmo de consumo de un 7 por 100 anual, sólo había reservas para treinta años.

Ante los fidedignos datos y argumentos de su científico estudio, Hubber concluye que el mundo habrá tenido tan sólo unos doscientos años de prosperidad creciente, pero que será solamente un *periodo efimero en la historia de la humanidad*. Nadie hizo caso. Inconcebible ceguera (para algunos, sin juicio temerario, arteramente interesada).

Hemos entrado, por lo tanto, en una nueva Era, la Era de la escasez; que no empezaremos a estabilizar sino dentro de unos cincuenta o más años.

En 1965, luego de la Conferencia Mundial de Población de Belgrado, me propuse examinar globalmente el problema y hallé expuesto aquí en apretadísima síntesis de mi ponencia las «Reuniones de Intelectuales de Poblet» (septiembre de 1966):

— Que el espacio terrestre tiene ya pocas tierras para ser cultivadas y, de ellas, muchas menos que sean rentables.

— Que el sur y sureste de *Asia* tendrán más hambre de alimentos que hoy, a fin de siglo; *Africa* puede llegar al equilibrio y *América del Sur*, con ligeros excedentes. La FAO me sirvió entonces y hoy sus estudios lo confirman.

— Que los *minerales* se estaban agotando, esquilmando, a excesivos ritmos.

— Que, si la técnica tenía éxito, habría *energía* hasta el año 2000, pero ello sujeto al futuro agotamiento previsto por King Hubber.

— Que el *capital* sería cada vez más escaso, especialmente en los países menos dotados, los cuales solamente pueden invertir un 7-10 por 100 anual de su producto bruto. De ahí la imperiosa necesidad de la ayuda mundial; pero ya comprobé el fracaso; pues los Estados prósperos no cumplieron más que en un 60 por 100 los compromisos, que continúan insuficientes, tanto los gubernamentales, como los privados.

Pues bien, a principios de 1972 el famoso Informe al Club de Roma, «Los límites del crecimiento» —cerca de dos años antes de la elevación del precio de la energía— estableció el primer modelo matemático-económico que mostraba la interdependencia y solidaridad dinámico-funcional de los siguientes factores de la vida material de la humanidad:

— Una *población* excepcionalmente creciente.

— Unas *materias primas* para la agricultura, industria, transportes, etcétera, reduciendo alarmantemente sus reservas y cruzándose con la creciente curva ascendente de la población.

— Un *alimento* por persona que crecía primero pero que, por aumento de población y deficiencia de recursos, descendía luego fuertemente.

— Unos índices de *producción industrial* que por las mismas razones, seguía un curso similar.

— Una *polución* que, luego de ser muy contaminante, descendía (con el supuesto de haber sido dominada).

Las críticas fueron contestadas por el mismo Club, y la más seria, la de la Universidad de Sussex, concluía que el fenómeno era innegable. Desde que la energía se puso a su precio, las críticas se han acallado.

De otra parte varios estudios ecológicos han confirmado el «descubrimiento» del Club de Roma, que muchos ya sospechaban y del que ahora todo el mundo comprueba su fundamental razón.

De ahí que, ya en Tokyo—y luego, en varias publicaciones y estudios aún no publicados del Club de Roma—, se afirme que el Club no es partidario de un crecimiento cero, pero sí de una *radical transformación* de la forma y finalidad *del crecimiento*; y añade, que «la crisis de la energía tiene por lo menos de útil... haber desacreditado, frente al gran público, la posibilidad de poder perseverar por las sendas actuales».

¿En qué *sistema de valores* reposan las motivaciones humanas causantes de la situación actual?

Limitémonos a las que el mismo Club denuncia con valentía y verdad:

— En las Naciones: el egocentrismo.

— En el individuo humano: la agresividad y la voluntad de poder.

A ello, añadido: por doquier en el mundo; sin distinción de regímenes políticos y sociales.

Ya veremos su origen y consecuencias más adelante.

Lógicamente concluye que «Ya nada será como antes».

La economía egocentrista y las políticas de poder han fracasado: El mundo está en honda crisis y la misma Paz es inestable. Los propios economistas habíamos olvidado una sencilla pero profunda definición de nuestra ciencia: la de «la administración de los bienes escasos». El desarrollo ha prescindido del principio de la escasez, teórica y en la Naturaleza.

Hay más: En esta *nueva edad de la escasez*, comprobamos hoy que los que llamábamos «bienes libres», el aire, el agua y hasta la luz, son también —en este Mundo finito—, escasos. Ya no podemos decir, como Píndaro, que «el agua es el bien de mayor excelencia, pero el que tiene el precio más vil». El precio del agua, para más del 50 por 100 de la humanidad, ya es más caro que el del petróleo. No sólo carecen de pan, sino que están sedientos.

No he citado estadísticas, que bien conocéis; tampoco puedo holgarme en analizar las incesantes Conferencias internacionales sobre población, alimentos y otros intentos de colaboración internacional. En todas ellas lo económico está en la base de sus trabajos, discusiones y publicaciones; hay sí referencias a lo moral, pero sólo son «palabras» sin real intención de acción positiva.

Tampoco puedo ocuparme de los estudios científicos en todas las múltiples disciplinas que abordan el problema.

Pero sí he de poner de manifiesto el actual intento de la Conferencia (Norte-Sur) de Cooperación Económica Internacional, hoy en un *impasse*, en aporía, en un callejón sin salida por la reticencia del egocentrismo de los 19 países prósperos (los más dotados infraestructuralmente) frente al grupo de los 77 (que ahora engloban 115 países pobres, los menos dotados por la naturaleza) y que de aquí al año 2000 aumentarán en 2.000 millones de habitantes y representarán cerca del 80 por 100 (ahora el 73 por 100) de la población mundial, hoy de 4 en el 2000 de cerca de siete mil millones, mientras que los 19 ricos —de Oriente y de Occidente, quede claro—, solamente aumentarán en 200 millones, con sólo 1/5 de la población mundial.

No tengo confianza en que se llegue a válidos acuerdos en ninguna de las cuatro Comisiones, Energía, Materias Primas, Desarrollo y Finanzas, de la Conferencia N-S, que se pretende reanudar esta primavera (luego de una cumbre de los más dotados).

En Finanzas, por ejemplo, destacan los préstamos públicos y privados, acrecidos especialmente desde la crisis petrolífera. Tanto, que en 1967 las necesidades de financiación de los países menos dotados solamente provenían de fondos privados por un 5,5 por 100, mientras que hoy han tenido que recurrir a los bancos comerciales por un 50 por 100.

con cargas financieras mucho más costosas que las ayudas y financiaciones gubernamentales o de Bancos u Organismos de función oficial internacional; lo cual lleva a unas cargas por deudas abrumadoramente insostenibles; amén de las acuciantes problemáticas de sus balanzas comerciales y de pagos. Frente a ello, los 19 no quieren o soslayan comprender y actuar favorablemente en las preferencias y acuerdos de comercio y de mercados de alimentos y materias primas.

Analizarlo, ocuparía varios estudios.

No tengo confianza, no solamente por el denunciado egocentrismo de los países industrializados —patente incluso entre los miembros del Mercado Común—, ni por sus comportamientos individuales y colectivos de agresividad y violencias, sino porque tal desconfianza, que comprobamos todos los días, reposa en causas muy profundas, que son de orden mental ideológico.

A ellas voy a referirme en el apartado siguiente.

Pero antes voy a sintetizar un ensayo de Jan Tinbergen, premio Nobel de Economía, en el número 1 de la nueva revista «Population and Development Review», septiembre 1975, titulado «Desarrollo económico ante la exhaustación de los recursos naturales».

Tinbergen parte de la aceptación del fenómeno mundial revelado por el Club de Roma.

Es un ensayo, porque reconoce que su complejidad interdisciplinaria coloca su conocimiento en un estadio pre-científico.

Su objetivo principal es la *distribución del bienestar* tanto entre países más y menos dotados (prósperos y pobres), cuanto entre los grupos sociales en la mayoría de los países.

Su análisis es comparativo de ritmos de población y de riqueza entre los países desarrollados y desarrollantes (que yo los apelo más y menos dotados, por la Natura).

Supuesto un éxito en la reducción de la población mundial (con gran variedad de tasas vegetativas en descenso), calcula qué incrementos de renta/habitante serían posibles en los cuarenta y dos años que van de 1970 a 2012.

El resultado es el siguiente:

Los más dotados doblarán su renta cabeza media a una tasa de 1,7 por 100 acumulativa anual, mientras que los menos dotados casi la quintuplicarán (4,77 veces más) durante los mismos cuarenta y dos años, pues les asigna una tasa de crecimiento/cabeza, del 5 por 100 acumulativo anual claro, con necesarias transferencias de los más dotados.

Por lo tanto, si la relación de disparidad de rentas (o medida de bienestar según Nordhaus y Tobin) era en 1970 de 24/1, se reducirá, a los cuarenta y dos años, a 6/1, entre más y menos dotados. Ello supone unos frenos al desarrollo para los países más dotados y una impulsión para el de los menos dotados.

He expuesto —muy, muy sintéticamente—, la posición de Tinbergen por cuanto es principal inspirador del nuevo y reciente estudio del Club de Roma, titulado «Reestructurando el Orden Internacional» (siglas RIO), como máxima autorizada aportación al tema iniciado en la Asamblea de la ONU en 1974 y proseguido hoy en la titulada Conferencia Norte-Sur hacia Un Nuevo Orden Económico Mundial.

De nuevo me pregunto: ¿Estarán dispuestos los países más dotados a contentarse con un incremento medio acumulativo de solamente 1,7 por 100 anual, para que sus frenos sirvan a una aceleración del 5 por 100 de los menos dotados?

Para ello se precisa que, en poco tiempo, haya una verdadera *honda mutación de las ideologías* que imperan en los países más prósperos.

II. FRACASO DE IDEOLOGÍAS ECONÓMICO-POLÍTICAS

La ceguera del Progreso creciente e indefinido. Conciencia de la solidaridad humana ante la Era de escasez

El fracaso nos es evidente. *La ideología prometeica* renacida y propagada desde el siglo xvii ha fracasado, no solamente respecto al ahora llamado Tercer Mundo, sino que también en y para los mismos países donde nació y se desarrolló.

«¿Qué es lo tuyo?» pregunta Epimeteo a su hermano Prometeo. «Cuanto abarca el círculo de mi poder. Ni pizca más; ni pizca menos», responde Prometeo.

Así, sintética y magistralmente, define Goethe esta pseudo-filosofía que ha enseñoreado por el mundo, desde hace más de doscientos años, la época del progreso; creído ciegamente, dogmáticamente, indefinido.

Ahora, cuando más y más se han entrecruzado los círculos de poder, es cuando la crisis global del Mundo se nos manifiesta catastrófica, si continúa la filosofía pragmática del reino dictatorial del egocentrismo del poder, sea cual sea —subrayamos—, su sistema económico y político-social.

Citemos tan sólo tres *campos del fracaso*:

1. La abstracción necesaria para la *Ciencia económica* que capta sus fenómenos esenciales está demasiado lejos de las realidades de su existencia humana, si los objetivos permanecen exclusivamente de egoísta progreso material. Básteme recordar que ya en 1962, la profesora Joan Robinson, en su «Filosofía económica», puso de manifiesto que «en la ideología de la ciencia económica no hallaremos ideas claras»; y su razón la halla en que «la ideología dominante en la sociedad actual es de extremada confusión».

2. En la *moneda*, baste darse cuenta del fracaso del Fondo Monetario Internacional, incapaz de hallar un sano sistema internacional.

3. En los *recursos* de materias primas y energía, el que haya sido posible su ciega dilapidación e inconcebible fracaso hasta llegar inopinadamente (!) al límite actual de sus reservas mundiales.

Los tres grandes fracasos tienen con un denominador y causa común: las *ideologías dominantes* en la sociedad occidental y en la oriental.

Pero existe un quehacer —del que voy a ocuparme— de mucha mayor trascendencia que el del nuevo orden internacional, en materias de población, de alimentos, de recursos naturales, de producciones y comercio agrarios e industriales, de ecología y de polución. Y ello por una razón: porque este nuevo e insospechado quehacer es el prerrequisito del insoslayable y profundo cambio necesario de las ideologías de la conducta humana y entre pueblos, para que esos otros problemas puedan comprenderse y hallar seguros caminos de solución.

Helo así enunciado:

La ideología radical del pragmatismo y de la acción inmediata, reclama hoy una nueva educación.

La UNESCO, la FAO, todos los Organismos de las Naciones Unidas, reclaman hoy educación para los pueblos del Tercer y Cuarto Mundo.

Empero: ¿*Qué educación?* La prevalente en los países cuyas *ideologías* están plenamente deshumanizadas y que si bien tuvieron éxitos materiales en los pueblos «progresistas» —en los que comprobamos fracasaron no sólo material sino que también en los comportamientos humanos—, *no son trasladables* —por el viciado espíritu que contienen— a los demás pueblos. Ya se puso esto de manifiesto en la «*Populorum Progressio*».

Ciertamente hace falta instrucción en los países menos dotados, pero estoy convencido que es, precisamente, en los pueblos más tecnificados y prósperos, donde es imprescindible una ola de revisiones de

sus ideologías mediante una nueva Educación; con principios, en gran parte contrarios a las ideologías egocentristas que se han manifestado fracasadas por la ideología dominante de creer en un Progreso, sólo para ellos, y además indefinidamente creciente, agotando recursos ya hoy irrecuperables.

Ya he examinado en otro lugar esta filosofía, que aquí me basta enunciar.

Esta confusión ideológica de la sociedad actual, especialmente y no sólo del Mundo prometeico occidental, es el signo de la profundidad de la crisis del mundo actual, vista ya, oídlo bien, antes de la II Guerra Mundial, por el gran economista Guillermo Röpke, en su «La crisis social de la actualidad» (Ginebra, 1942), denunciando los peligros y consecuencias —él, profesor de Economía— de su absolutización, que llama «economismo».

Ya, anteriormente, en la post primera Guerra Max Scheler nos decía: «Nos hallamos hoy más sometidos a lo económico que en cualquier tiempo pasado. No somos dueños de controlar ya nuestras necesidades, despertadas en nosotros desde la infancia...»

De otra parte, más atrás en el tiempo, Cournot —el matematizador de la economía—, a mitad del siglo pasado, pronosticaba: «En los estados sociales más avanzados (y añadido, que de ello presumimos) la civilización tiende a substituir al organismo vivo por un mecanismo calculado o calculable» (Essay, 1851, p. 135).

Así, con múltiples citas, llegaríamos a la concepción que nos ha conducido al egocentrismo de Estados y personas, desde, especialmente del siglo XVIII. Citemos, empero, la pionera obra destructora de Mandeville, a principios de dicho siglo —orgullosamente calificado «de las luces»—, que en su traducción al francés en 1723, pudo titularse «La Fábula de las abejas», con este revelador subtítulo: «O, a vicios privados, beneficios públicos»; ridiculizando la virtud y tomándola por absurda, si se desea y se tiene por única humana finalidad; pues, dice, con interesado sofisma, «los vicios han sido inseparables a todos los reinos y estados, célebres por su fuerza, por sus riquezas y por su urbanidad (politesse)».

La *absolutización* actual del *necesario actuar económico* ha descompuesto la civilización moderna y aquí radica su fracaso y la imperiosa necesidad de una reeducación ideológica en todos, todos los países encasillados como más desarrollados, la cual transplantada al Tercer Mundo lo ha destrozado, material y espiritualmente; está universalizando y agravando la crisis actual e imposibilita, precisamente, la consecución,

por vía de tal ideología, de la convivencia y del propuesto Nuevo Orden Internacional.

Vayamos más atrás; a las fuentes clásicas de nuestra cultura. Hay en Aristóteles una definición del actuar económico —que no he hallado citada en parte alguna—, y en la que, aceptando su propia y necesaria actuación, abre el sentido humano a su intención final.

Dice así: «Quien actúa económicamente, se afana incesantemente, pero si bien es evidente que la riqueza, lo útil, es el bien que anhela, no lo apetece en sí, sino para otros fines, para otras cosas.»

Estos otros fines, contienen todos los bienes que ya no son económicos y, de ellos, en su Ética a Nicómaco, el mayor y más apreciable es el Sumo Bien. Precisamente este Sumo Bien, que hoy es el gran olvidado; como el del altar del Agora dedicado al «Dios desconocido» que San Pablo les descubrió a los atenienses.

Esto nos conecta ya con la tercera consideración sobre el Hambre: *El vacío de Dios en plenitud de riquezas.*

III. NO DE SÓLO ECONOMÍA VIVE EL HOMBRE

Las fuerzas despreciadas y olvidadas del espíritu. Del único objetivo de Progreso al múltiple enriquecimiento por la Perfección

De las tres esenciales necesidades humanas, hemos analizado el Pan, y la Educación: Economía e Ideologías.

Cierto que hay hambre de Pan, pero no de sólo economía vive el hombre.

Cierto que hay que llenar el vacío y hambre de Educación; pero no de educación e ideologías fracasadas, corrompidas.

Pero también es cierto que sin un espíritu trascendente de la vida material, no lograremos que la Gioconda vuelva a sonreír; dicho con frase comprensible para la inconsciente y loca sociedad actual.

Para que las ayudas materiales al hambre de Pan sean eficientemente humanas, no solamente hace falta una *fundamental reconversión de las ideologías educativas*, tanto en Oriente cuanto en Occidente, sino que se realice una vuelta a la permanente y universal necesidad y hambre de Dios y de cuanto significa para la convivencia de las comunidades humanas.

El hambre de Dios, ¡oh paradoja! se pierde en los círculos humanos que viven en la abundancia, en la prosperidad, con la idea del Progreso

como único camino a una felicidad, tan superficial, que hace perder la sonrisa que la Gioconda tuviera con los aún sanos principios de Perfección del Renacimiento.

La época clásica griega (siglos v-iv) coincidió con grandes transformaciones económicas y de comunicación mercantil. Platón fue, en lo económico-político un progresista, por ello no es de extrañar que revele el sentido ególatra (de moral natural, como la presente) de las épocas de prosperidad (como ha sido la actual), al recordar a los antiguos, en su «República» (II 12, 372 bc): «Se refocilarán, tanto ellos como sus hijos bebiendo vino, la cabeza coronada de flores, entonando canciones a los dioses; y vivirán alegremente todos juntos, no procreando más hijos que los que permitan sus recursos, ante el temor y precaviéndose frente a la miseria o la guerra».

¿No es ello actual en el mundo orgullosamente a sí mismo llamado superdesarrollado? ¿Incluso esa mezcla de «dioses» con la felicidad puramente hedonista?

No dice nada nuevo, Platón.

El fenómeno de la «moral natural» —la de la Mandeville, la de la Filosofía Moral hedonística de Adam Smith—, está ya clara en su consecuencia agnóstica, como lo revela el Libro de la Sabiduría:

Por azar llegamos a la existencia y luego seremos como si nunca hubiéramos sido.

Venid pues y disfrutemos de los bienes presentes, coronémonos de rosas antes de que se marchiten. Sa. 2, 2.6.8

y, tan expresivamente, unos 700 años antes de Cristo, Isaías, recogido luego por San Pablo, lo testifica:

Comamos y bebamos, que mañana moriremos.

Is. 22, 13; IC. 15, 22.

Nuestra época de ideología de Progreso indefinidamente creciente, no podía estar ajena a este fenómeno de rechace y pérdida de todo cuanto dificulte a la supuesta única felicidad material. Desde, por lo menos el siglo VIII antes de Cristo, acabamos de registrar el constante fenómeno actual, unido a idolatrías y mitos; que revelan, no obstante, la permanente apetencia y hambre de Dios y, por consiguiente, de Principios de humanidad, de verdades que, como tales, son siempre

jóvenes, universales y necesarias; sin las cuales, pues son esenciales a todo organismo individual y colectivo, aparece la putrefacción.

Sin estos principios, sin estas verdades, es imposible que la Humanidad satisfaga el hambre de Pan, de Instrucción y Educación y de espiritualidad, con amor por la verdad, la belleza y el bien, trascendentes de todo lo puramente terrenal.

He aquí mi convencimiento que coincide con la trilogía de la humanísima y total misión de lucha contra el hambre. Si humanista he podido adentrarme en mi análisis. Pero soy un simple creyente y sólo puedo aportar mi fundamentada afirmación, cuyo análisis pertenece a quienes por su formación específica les corresponde (si es que algunos aún creen en ello).

CONCLUSIÓN

Doble visión de la única, olvidada y universal escala de valores para la Humanidad

Una consideración final he de añadir:

En nuestros medios católicos se suele argüir que, puesto que es evidente que los valores morales y espirituales son los superiores, a ellos se deben supeditar todos los demás.

Este aserto desconoce a Santo Tomás cuando repetidamente se pregunta qué es lo primero, y responde con esta certera distinción:

- en lo temporal y relativo lo primero es la ejecución y lo último la intención;
- pero en el ámbito de lo absoluto es al revés.

Por lo tanto, para lo temporal y relativo es cierto el adagio: *primum vivere deinde filosofari*.

De ahí que para los pueblos de verdadera hambre de pan y sed de agua lo más urgente es proporcionarles el vivir material, luego la instrucción y sana educación, para que puedan mejor perfeccionarse en el conocimiento de Dios.

En cambio, para los países que están ya hartos o angustiados de lo material, pero faltos de ideología verdadera humana y vacíos de Dios, primero requieren la vuelta a la espiritualidad y, con ella, la transformación, la conversión, la metanoia de sus ideologías predominantemente egoístas y de poder.

La escala de valores es única.

Pero para los pobres es de abajo arriba, de lo material a lo espiritual, de lo relativo a lo absoluto, de lo primero terrenal (el hambre de Pan) a lo último espiritual.

Para los ricos la misma escala está vista de arriba abajo; de los valores superiores espirituales a los inferiores o materiales, de Dios a la reeducación humanística y de ella a la conciencia de la hoy patente plena interdependencia entre todos los pueblos del mundo.

Si la escala es única, vista desde abajo y desde arriba, ella justifica las sendas de dobles aplicaciones según la situación por países de la mayor o menor urgencia en la acción para llenar los vacíos de las tres especies de hambre: económica, ideológica, espiritual.

No puedo dejar de mencionar como católico y español este texto de S. M. Don Juan Carlos en su visita al Santo Padre, que encierra implícitamente su entera adhesión a la participación de España en la lucha mundial contra el hambre:

«El pueblo español desea vivir en paz con los demás pueblos y ofrecer —a cambio del mutuo respeto— una colaboración sincera, convencido de que en la cooperación internacional, en la *puesta en común de recursos y de esfuerzos*, tiene la humanidad una vía de desarrollo y de perfeccionamiento.»

Lo que me duele añadir es que para saber aceptar ese contenerse (de hombres y países, en aras del bien común en una humanidad hoy fracasada) solamente luego de los sufrimientos que se avecinan (sin distingos, como en terremotos o inundaciones) serán posibles las decisiones públicas y privadas de conversión a las condiciones de la nueva era de escasez. Si aceptadas, nos darán, sorprendentemente, nuevos contextos de convivencia, de feliz paz.

¡Si el mundo volviera a meditar en los claros internacionalistas Raymundo Lulio y Francisco de Vitoria! El fracaso de la «Comunidad de Naciones» actual muestra que sus Principios Universales no eran utópicos, sino valederos en todo tiempo y lugar.

ROMÁN PERPIÑA Y GRAU

